

á V. A. que encontrará en que emplear veinte minutos.

— Y no mal.

— Entonces, señor, e. señor de La Vaugnyón hizo un gran saludo, siempre acompañado de miradas muy ardientes que parecían querer penetrar en el corredor; después dejó á monseñor en la puerta.

— Supongo que entró monseñor.

— Mirad, señor, mirad la luz en la galería. Lo menos hace un cuarto de hora que pasea por ella.

— ¡Vamos! ¡ vamos! ya desaparece, dijo el rey después de algunos instantes, en que no había cesado de mirar hacia las vidrieras. Á mí también me dieron veinte minutos; pero me acuerdo que al cabo de los cinco ya estaba en la alcoba de mi mujer. ¡ Ay! dirán del Delfín lo que se decía del segundo Racine:

— «; No parece nieto de su abuelo! »

XVII

La noche de boda del Delfín

El Delfín abrió la puerta de la cámara nupcial, ó más bien de la antecámara que la precedía.

La archiduquesa, vestida con un largo peinador blanco, esperaba en el dorado lecho, apenas hundido por el peso tan ligero de su cuerpo débil y delicado; y, cosa extraña, si se hubiera podido leer en su frente al través de la nube de tristeza que le cubría, hubiera reconocido, en lugar de la dulce esperanza de la desposada, el terror de la doncella amenazada por uno de esos peligros que las naturalezas nerviosas ven en presentimientos y soportan algunas veces con más valor que los han presentado.

Al lado de la cama estaba sentada madama de Noailles.

Las damas esperaban en el fondo de la real cámara la menor seña de la dama de honor para retirarse.

Ésta, fiel á las leyes de la etiqueta, aguardaba impaciente la llegada del Delfín.

Pero como si esta vez todas las leyes de la etiqueta y del ceremonial hubiesen debido ceder á la malignidad de las circunstancias, resultó que las personas que debían introducir al Delfín en la cámara nupcial, ignorando que S. A., según las disposiciones del rey Luis XV, debía llegar por el corredor nuevo, esperaban en otra antecámara.

La en que acababa de entrar el Delfín estaba vacía, y la puerta que daba á la camara ligeramente entreabierta, de lo cual resultaba que el Delfín podía ver y oír lo que pasaba en aquella estancia.

Esperó breve rato mirando á hurtadillas y escuchando furtivamente. No tardó en oír pura y armoniosa, aunque algo trémula, la voz de la señora Delfina que preguntaba :

— ¿ Por dónde entrará el Delfín ?

— Por esta puerta, señora, dijo la duquesa de Noailles indicando la puerta opuesta á donde se hallaba el Delfín.

— ¿ Pero qué se oye por esa ventana ? añadió la Delfina : cualquiera dirá que es el ruido del mar.

— Es el rumor de los innumerables espectadores que se pasean á la luz de la iluminación y que esperan los fuegos artificiales.

— ¿ La iluminación ? dijo la Delfina con una triste sonrisa ; no habrá estado de más esta noche, porque el cielo se halla muy encapotado : ¿ lo habéis visto, señora ?

En este momento, cansado ya de esperar el Delfín, empujó dulcemente la puerta, asomó la cabeza y preguntó si podía entrar.

Madama de Noailles lanzó un grito, porque al principio no conoció al Delfín.

Madama la Delfina, agitada por las emociones sucesivas que había experimentado en ese estado nervioso en que todo nos asusta, cogió el brazo de madama de Noailles.

— Soy yo, señora, dijo el Delfín : no os asustéis.

— Pero, ¿ por qué habéis entrado por esta puerta ? preguntó madama de Noailles.

— Porque, dijo Luis XV asomando también su cabeza cinica por la puerta entornada, porque el señor

de La Vauguyón, como verdadero jesuita que es, sabe muy bien el latín, las matemáticas y la geografía, pero nada más.

Al ver llegar al rey tan inopinadamente, madama la Delfina se deslizó de la cama y se mantuvo de pie, envuelta en su gran peinador, que la ocultaba desde los pies hasta el cuello tan herméticamente como la túnica de una matrona romana.

— ¿ Cómo se conoce que es flaca ! murmuró Luis XV. ¿ Al diablo el señor de Choiseul, que entre todas las archiduquesas va á escoger precisamente ésta !

— V. M., dijo madama de Noailles, puede observar que en la parte que me concierne se ha observado estrictamente la etiqueta, á la cual sólo se ha faltado por monseñor el Delfín.

— Tomo á mi cargo la infracción, dijo Luis XV, y es muy justo, puesto que yo la he hecho cometer : pero como las circunstancias eran graves, mi querida duquesa, espero que me la perdonaréis.

— No comprendo lo que V. M. quiere decir.

— Nos iremos juntos, duquesa, y os lo contaré. Ahora dejemos á estos muchachos que se acuesten.

Madama la Delfina se apartó un paso de la cama, y cogió el brazo de madama de Noailles con más terror acaso que la vez primera.

— ¡ Oh ! por piedad, señora ! dijo ; me moriré de vergüenza.

— Señor, dijo la duquesa de Noailles, madama la Delfina os suplica que la dejéis acostarse como una simple señora particular.

— ¿ Diablo ! ¿ diablo ! ¿ sois vos quien pedís eso ? ¿ vos, tan estricta observadora de las leyes de la etiqueta ?

— Señor, bien sé que es contrario al ceremonial de Francia ; pero mirad á la archiduquesa...

En efecto, María Antonieta, de pie, pálida, sosteniéndose en el respaldo de un sillón, hubiera parecido una estatua del Espanto, á no haberse oído el ligero castañeteo de sus dientes, acompañado del sudor frío que bañaba su rostro.

— ¡ Oh ! no quiero contrariar á la Delfina hasta ese punto, dijo Luis XV, príncipe tan enemigo del cardenal como decidido sectario era Luis XIV. Retirémonos, duquesa; por otra parte, hay cerraduras en las puertas, y esto será mucho mejor.

El Delfín oyó estas últimas palabras de su abuelo y se ruborizó.

La Delfina oyó también, pero no comprendió.

El rey Luis XV abrazó á su nuera, y salió llevándose á la duquesa de Noailles, y riéndose de esa manera burlesca, tan triste para los que no participan de la alegría del que se ríe.

Los demás espectadores salieron por la otra puerta.

Los dos jóvenes quedaron solos.

Hubo un momento de silencio.

En fin, el joven príncipe se acercó á María Antonieta: su corazón latía violentamente, y sintió agolparse al pecho, á las sienas y las arterias de las manos la fogosa sangre de la juventud y del amor.

Pero sentía á su abuelo detrás de la puerta, y aquella mirada cínica que penetraba hasta la alcoba nupcial, helaba al Delfín, muy tímido por otra parte y muy torpe por naturaleza.

— Señora, dijo mirando á la archiduquesa, ¿os sentís mala? Estáis muy pálida y parece que tembláis.

— Señor, dijo ella, no os ocultaré que experimento una agitación extraña; preciso es que haya en el cielo alguna tempestad terrible, y la tempestad ejerce sobre mí grande influencia.

— ¡ Ah ! ¿ creéis que estamos amenazados de un huracán ? dijo el Delfín.

— ¡ Oh ! estoy segura de ello; sí, muy segura: todo mi cuerpo tiembla; mirad.

Y en efecto, todo el cuerpo de la pobre princesa parecía estremecerse bajo sacudimientos eléctricos.

En aquel momento, como para justificar sus previsiones, un golpe de viento furioso, uno de esos soplos poderosos que empujan la mitad de los mares sobre la otra mitad, y que arrastran las montañas, semejante al primer grito de la tempestad que avanzaba, llenó el palacio de tumulto, de angustia y de crujidos intensos.

Las hojas arrancadas de las ramas, las ramas arrancadas de los árboles, las estatuas arrancadas de sus pedestales, un largo é inmenso clamor de cien mil espectadores esparcidos por los jardines, un rugido lúgubre é infinito que corría por las galerías y corredores del castillo, compusieron en aquel momento la más salvaje y lúgubre armonía que jamás vibrara en los oídos humanos.

Después un ruido siniestro sucedió al rugido: eran los vidrios que, rotos en mil pedazos, caían sobre los mármoles de las escaleras y de las cornisas, lanzando esa nota seca y nerviosa que rechina volando por el espacio.

El viento había arrancado de cuajo con el mismo golpe una de las persianas mal cerradas que había ido á chocar contra la pared como el ala gigantesca de un pájaro nocturno.

Por todas partes donde las ventanas estaban abiertas en el castillo se apagaron las luces, anonadadas por una ráfaga de viento.

El Delfín se aproximó á la ventana sin duda para cerrar las persianas, pero le detuvo la Delfina.

— ¡ Oh ! señor, señor, por piedad ! dijo ella : no abráis esa ventana, porque se apagarán nuestras bujías, y yo me moriré de miedo.

El Delfín se detuvo.

Al través de la cortina que acababa de descender, se veían las copas de los árboles sombríos del parque agitadas y torcidos como si el brazo de algún gigante invisible hubiera sacudido sus troncos en medio de las tinieblas.

Todas las iluminaciones se apagaron.

Entonces se pudo ver en el cielo legiones de gruesas nubes negras que rodaban arremolinadas como escuadrones lanzados á la carga.

El Delfín permaneció pálido y de pie, y apoyando una mano en la falleba de la ventana. La delфина cayó sobre una silla lanzando un suspiro.

— ¿ Tenéis mucho miedo, señora ? preguntó el Delfín.

— ¡ Oh ! sí ; sin embargo, vuestra presencia me tranquiliza. ¡ Oh ! ¡ qué tempestad ! ¡ qué tempestad ! señor, todas las iluminaciones se han apagado.

— Sí, dijo Luis, el viento sopla de sud-sudoeste, y éste es el que anuncia los huracanes más fuertes. Si continúa, no sé cómo se dispararán los fuegos artificiales.

— ¡ Oh ! señor, ¿ por qué se han de disparar ? con semejante tiempo nadie quedará en los jardines.

— ¡ Ah ! señora, no conocéis á los franceses ; para ellos son una necesidad los fuegos artificiales ; los de esta noche serán soberbios ; el ingeniero me ha enseñado el plan. ¡ Oh ! mirad, mirad como ne me engañaba ; mirad los primeros cohetes.

En efecto, brillantes como largas serpientes de fuego, los cohetes de anuncio se lanzaron hacia el cielo ; pero al mismo tiempo, como si la tempestad

hubiera tomado estos disparos como un desafío, un solo relámpago, pero que parecía hender el cielo, serpenteó entre las piezas de artificio, y mezcló su fuego azulado al fuego rojizo de los cohetes.

— En verdad, dijo la archiduquesa, que es una impiedad que el hombre se ponga á luchar así con Dios.

Aquellos cohetes de anuncio sólo precedieron algunos segundos á la explosión general de los fuegos artificiales ; el ingeniero conocía que era preciso darse prisa, y prendió fuego á las primeras piezas que fueron saludadas con un inmenso clamor de alegría.

Pero como si en efecto hubiese una lucha entre la tierra y el cielo ; como si el hombre, según había dicho la archiduquesa, hubiese cometido una impiedad contra su Dios, la tempestad irritada cubrió con su inmenso clamor el clamor popular, y abriéndose á la vez todas las cataratas del cielo, torrentes de lluvia se precipitaron de lo alto de las nubes.

— El viento había apagado las luminarias : la lluvia apagó los fuegos artificiales.

— ¡ Oh ! ¡ qué desgracia ! dijo el Delfín, se ha frustrado la función de pólvora.

— ¡ Oh ! señor, ¿ no se frustra todo desde mi llegada á Francia ?

— ¿ Qué decís, señora ?

— ¿ Habéis visto á Versalles ?

— Sin duda, señora. ¿ No os agrada Versalles ?

— ¡ Oh ! si tal : Versalles me agradaría si estuviese hoy como lo dejó vuestro abuelo Luis XIV. ¿ Pero en qué estado hemos hallado á Versalles ? decid : por doquiera el luto y la ruina. ¡ Oh ! sí, sí, la tempestad concuerda muy bien con la fiesta que se me hace. ¿ No es conveniente que haya un huracán para ocultar á nuestro pueblo las miserias de nuestro palacio ? ¿ No

será favorable y bien venida la noche que oculte esas alamedas llenas de hierba, esos grupos de tritones cenagosos, esos estanques sin agua y esas estatuas mutiladas? ¡Oh! sí, sí; sopla, viento del sur; muge, tempestad: amontonaos, nubes espesas; ocultad bien á todos los ojos el extraño recibimiento que hace la Francia á una hija de los Césares el día en que enlaza su mano con la de su rey futuro.

El Delfín, visiblemente turbado, porque no sabía qué responder á aquellas reconveniones, y sobre todo á aquella melancolía exaltada, tan opuesta á su carácter, el Delfín lanzó á su vez un largo suspiro.

— Os aflijo, dijo María Antonieta; sin embargo, no creáis que es mi orgullo el que habla. ¡Oh! no, no es nada de eso; porque no me han mostrado sólo ese Trianon, tan risueño, tan sombrío, tan florido, cuyos bosquecillos destroza sin compasión la tempestad, y cuyas aguas turba; hubiérame contentado con ese mudo encantador; pero las ruinas me espantan, repugnan á mi juventud, y sin embargo, ¡cuántas ruinas va á causar todavía ese horroroso huracán!

Una borrasca, más terrible aun que la primera, conmovió el palacio: la princesa se levantó aterrada.

— ¡Oh! ¡Dios mío! decidme que no hay peligro, decidme que no hay peligro, decidmelo aunque lo haya... me muero de miedo!

— No hay peligro alguno, señora. La construcción de Versalles es plana, y no puede atraer el rayo. Si cayese, sería probablemente sobre la capilla que tiene techo agudo, ó sobre el castillo que presenta asperezas. Ya sabéis que las puntas atraen el fluido eléctrico, y que los cuerpos planos, por el contrario, lo rechazan.

— No, no lo sé, no lo sé.

Luis cogió la mano de la archiduquesa, pero palpitante y helada.

En aquel momento un relámpago inundó la estancia con sus luces vividas y violadas. María Antonieta lanzó un grito y rechazó al Delfín.

— Pero, señora, ¿qué hay?

— ¡Oh! dijo ella: os he visto á la luz de ese relámpago pálido, desencajado, sangriento. He creído ver una fantasma.

— Es el reflejo del fuego de azufre, dijo el príncipe, y puedo explicaros.....

Un espantoso trueno, cuyos ecos se prolongaron gimiendo hasta que al llegar al punto culminante comenzaron á perderse á lo lejos, un espantoso trueno interrumpió la explicación científica que el Delfín iba á dar tranquilamente á su regia esposa.

— Vamos, señora, dijo después de un momento de silencio, ánimo; dejemos esos temores al vulgo: la agitación física es una de las condiciones de la naturaleza. Es preciso no admirarse más que de la calma; la calma y la agitación se suceden: la calma es turbada por la agitación, y la agitación es disminuida por la calma. Después de todo, señora, eso no es más que una tempestad, y la tempestad es uno de los fenómenos más naturales y frecuentes de la creación. No sé porqué os habéis asustado.

— ¡Oh! aislada, acaso no me espantaría; pero esa tempestad en el mismo día de nuestras bodas, ¿no os parece un espantoso presagio unido á los que me persiguen desde mi entrada en Francia?

— ¿Qué decís, señora? exclamó el Delfín, acometido á pesar suyo de un terror supersticioso; ¿presagios decís?

— Sí, sí, ¡horribles, sangrientos!

— Decidlos, señora: todo el mundo me atribuye un carácter frío y prudente: acaso tenga la felicidad de combatir y aniquilar esos presagios que os aterran.

— Señor, la primera noche que pasé en Francia fué en Estrasburgo; allí me instalaron en una grande alcoba donde encendieron candelabros porque era de noche; á la luz de sus bujías ví una pared que chorreaba sangre. Tuve, sin embargo, valor para aproximarme á las paredes y examinar aquellas tintas rojas con más atención. Estaban coigadas de un tapiz que representaba la degollación de los Inocentes. En todas partes la desesperación con miradas desoladas, la muerte con ojos centellantes, en todas partes el brillo del hacha ó de la espada, en todas partes lágrimas, gritos de madres, suspiros de agonía parecían lanzarse confusamente de aquella pared profética, que á fuerza de mirarla me parecía viva. ¡Oh! helada de terror no pude dormir... decid, decid, ¿no era ese ¡un triste presagio?

— Para una mujer de la antigüedad tal vez, señora, pero no para una princesa de nuestro siglo.

— Señor, este siglo está preñado de desgracias. mi madre me lo ha dicho, como ese cielo que se inflama encima de nuestras cabezas está preñado de azufre, de fuego y de desolación. ¡Oh! he aquí porqué tengo tanto miedo, he aquí porqué todo presagio me parece un aviso.

— Señora, ningún peligro puede amenazar al Trono á que subimos; nosotros los reyes vivimos en una región superior á las tempestades. El rayo está á nuestros pies: cuando cae sobre la tierra, somos nosotros quien lo lanzamos.

— ¡Ay! ¡ay! no es eso lo que me han vaticinado, señor.

— ¿Y qué es lo que os han vaticinado?

— Una cosa horrible, espantosa.

— ¿Os han vaticinado?

— Por mejor decir, me han hecho ver.

— ¡Ver!

— Sí, he visto, os lo digo, y aquella imagen ha quedado grabada en mi espíritu, y tan profundamente, que no se pasa día en que no me estremezca al pensar en ella, ni noche en que no la vea en sueños.

— ¿Y no podéis decirme lo que habéis visto?...
¿Os han exigido el silencio?

— No, nada me han exigido.

— Entonces hablad, señora.

— Escuchad: es imposible describirlo: era una máquina, elevada sobre la tierra como un cadalso, pero á este cadalso se adaptaban como dos largueros de una escala, y entre estos dos largueros se deslizaba un cuchillo, una media luna, y un hacha. Yo veía todo esto, y, cosa extraña, veía también mi cabeza debajo del cuchillo. El cuchillo se deslizó entre los dos largueros, y separó de mi cuerpo la cabeza, la cual cayó rodando al suelo. He aquí lo que vi, señor, he aquí lo que vi.

— Pura alucinación, señora, dijo el Delfín; conozco poco más ó menos todos los instrumentos que sirven para dar la muerte, y este no existe; por lo tanto debéis tranquilizaros.

— ¡Ay! dijo María Antonieta, ¡ay! no puedo desear este odioso pensamiento. Sin embargo, hago lo posible por conseguirlo.

— Ya lo conseguiréis, dijo el Delfín aproximándose á su mujer: tenéis á vuestro lado desde este momento un amigo afectuoso y un protector decidido.

— ¡Ay! repitió María Antonieta cerrando los ojos y dejándose caer sobre un sillón.

El Delfín volvió á aproximarse á la princesa, y ésta sintió en su mejilla el aliento de su marido.

En aquel momento se entreabrió la puerta por donde había entrado el Delfín, y una mirada curiosa, ávida,

la mirada del rey Luis XV, atravesó la penumbra de aquella vasta estancia, que apenas alumbraban dos bujías que se derretían sobre dos candeleros de plata.

El anciano rey abrió la boca para formular sin duda en voz baja algunas palabras que alentasen á su nieto, cuando resonó en el palacio un estruendo imposible de describir, acompañado esta vez del relámpago que había precedido siempre á las demás detonaciones; al mismo tiempo una columna de fuego blanquecino salpicado de verde se precipitó delante de la ventana, haciendo estallar todos los vidrios y rompiendo una estatua situada debajo del balcón; en seguida, después de un crujido espantoso, volvió á subir al cielo y se desvaneció como un metéoro.

Las dos bujías se apagaron á impulso de aquella ráfaga de aire que se coló en la estancia. El Delfín, espantado, vacilante, deslumbrado, retrocedió contra la pared en la cual permaneció recostado.

La Delfina, medio desmayada, fué á caer sobre las gradas de su reclinatorio y permaneció allí sepultada en un mortal letargo.

Luis XV, temblando, creyó que la tierra iba á abrirse delante de sus plantas, y se volvió seguido de Lebel á sus habitaciones desiertas.

Durante este tiempo huía á lo lejos, como una banda de pájaros espantados, el pueblo de Versalles y de París, esparramado por los jardines, por las calles y por los bosques, perseguido en todas direcciones por una granizada espesa que destrozaba las flores en el jardín, arrancaba las hojas en el bosque y tronchaba los trigos en los campos. Las pizarras y las finas esculturas del edificio añadían el estrago á la desolación.

La Delfina, apoyando la frente en las manos, oraba lanzando profundos sollozos.

El Delfín miraba con aire sombrío é increíble el

agua que caía en la estancia por los vidrios rotos, y que reflejaba sobre el pavimento en planos azulados los relámpagos no interrumpidos durante muchas horas.

Sin embargo, todo aquel caos se aclaró al venir el día; los primeros rayos de la aurora descubrieron á los ojos los estragos del huracán nocturno.

Versalles no era ya conocido.

La tierra había bebido aquel diluvio de agua, los árboles habían absorbido aquel diluvio de fuego; por todas partes se veía fango y árboles truncados, torcidos y calcinados por esa serpiente abrasadora que se llama rayo.

Luis XV, que no había podido dormir, pues tan grande era su terror, apenas rayó el alba mandó á Lebel vestirle; éste, que no le había abandonado un instante, volvió por aquella misma galería, donde gesticulaban vergonzosamente á los lívidos reflejos de la aurora las pinturas que ya conocemos, pinturas hechas para ser colocadas entre flores, cristales y candelabros encendidos.

Luis XV, por la tercera vez desde la víspera, empujó la puerta de la cámara nupcial, y se estremeció al ver sobre el reclinatorio, trastornada, pálida, con los ojos lívidos como los de la sublime Magdalena de Rubens, á la futura reina de Francia, cuyos dolores había suspendido al fin el sueño, y cuyo ropaje blanco azulaba el alba con un religioso respeto.

En el fondo de la estancia, sobre un sillón apoyado á la pared, reposaba, con los pies calzados de seda extendidos sobre un charco de agua, el Delfín de Francia, tan pálido como su joven esposa, y como ella bañada su frente de un sudor de muerte.

El lecho nupcial estaba como el rey lo había visto la víspera.

Luis XV frunció el ceño : un dolor que no había sentido hasta entonces atravesó como un hierro candente aquella frente helada por el egoísmo.

Meneó la cabeza, lanzó un suspiro y volvió á entrar en su habitación más sombrío y aterrado tal vez en aquel momento que lo había estado durante la noche.

XVIII

Las fiestas de la plaza de Luis XV

El día 30 de mayo, es decir, á los dos días de aquella noche espantosa; noche, como había dicho María Antonieta, llena de presagios y avisos, París celebró á su vez los festejos del casamiento de su rey futuro. En su consecuencia toda la población se dirigió hacia la plaza de Luis XV, donde debían quemarse los fuegos artificiales, ese complemento de toda gran solemnidad pública, que el parisiense toma burlándose, pero sin el cual no puede pasarse.

El sitio estaba bien escogido, pues hasta seiscientos mil espectadores podían circular cómodamente por él. Al rededor de la estatua ecuestre de Luis XV se habían dispuesto varios tablados circulares que permitían á todos los espectadores de la plaza ver los fuegos, que se elevaban de diez á doce pies desde el nivel del suelo.

Los parisienses llegaron, según su costumbre, en grupos, y buscaron largo tiempo las mejores posiciones, privilegio inatacable de los primeros que llegan.

Los niños encontraron árboles, los hombres graves recantones, las mujeres las barandillas de los fosos y los andamios móviles levantados al aire libre por los